

# Bajo el ESTIGMA de la infancia

Hollywood es una máquina de hacer símbolos fascinantes, y nuestra memoria colectiva no perdona. Las estrellas infantiles que brillaron en su momento tienen dificultades para encontrar papeles maduros en la actualidad. Aquí un recuento de esos íconos infantiles que no podemos olvidar.

*Carlos Esquivés*

Es sabido que desde su fundación, Hollywood ha sido fábrica de rostros y caracteres actorales por excelencia. Marlon Brando, Bárbara Stanwyck, Brad Pitt, Nicole Kidman. Cada uno de estos han obedecido a una fantasía, una coyuntura o incluso han llegado a representar una época. Es decir, estos intérpretes no solo se han ajustado a los cánones o normas exigentes y transitorias de las grandes productoras, sino que fundamentalmente se convirtieron en perfiles que han acatado las peticiones de un consumidor. Es tanto la personalidad como la corporalidad, pasada por un filtro de exigencias, a fin de crear una

motivación tan visual como emocional a través de la pantalla grande. ¿Qué generó esto? Una legión de seguidores que han observado en un actor o personaje en cuestión a su símbolo representante de sus fascinaciones filmicas. Hollywood crea a personajes para que se les rinda culto. Individuos de ficción que calan en la memoria de los asistentes a una sala de cine, quienes coinciden en vanagloriar a este retrato “bien esculpido”, pasando luego estos a formar parte de una consciencia colectiva.

Este protocolo no ha sido ajeno a la producción de actores infantiles.

El niño en el cine se ha manifestado esencialmente como la inocencia representada, el lado dulce y tierno de la humanidad. La demanda de Hollywood, sin embargo, en varias ocasiones se ha visto tentada a vigorizar la esencia infantil, injertándole, por ejemplo, una dosis adicional de gracia, o, caso contrario, otorgándole un temperamento que invade el terreno de la precocidad y abandona la candidez. El resultado de esto ha sido el mismo en relación a los personajes interpretados por adultos. A través de los años se han visto numerosos casos de protagonistas de culto encarnados por actores de edades pre-



Jodie Foster ◀

maturas. Muy a pesar, muchos de estos actores con los años se han visto confrontados consigo mismos. El soportar sus papeles de niños implicaba echarse abajo toda esa consciencia colectiva de la que solo es dueña la misma audiencia. Para bien o para mal, estos actores fueron o son asociados hasta el día de hoy a sus roles infantiles gracias al culto generado por el público espectador.

Una de las interpretaciones más simbólicas y representativas es, sin duda, la imagen de Shirley Temple, pequeña actriz que se convirtió en una balanza anímica dentro de un periodo desesperanzado. Tras el *Crack* de 1929, la Gran Depresión en EE.UU. no solo alcanzó a las sociedades más vulnerables, sino que embargó a toda la nación por igual. A consecuencia de esto, por un lado Hollywood decidió ser un observador realista. Se cultivó bajo dicha premisa el género *gang*, que era el espejo de una sociedad envuelta por la violencia. Por otro lado, hubo también una obligación moral por reseñar el optimismo. Con la Primera Guerra Mundial estaba más que claro que el cine estaba en posición de ser usado como herramienta de adoctrinamiento. Fue así que el género musical y, dentro de este, Shirley Temple le hicieron frente a la crisis social y económica. Temple encarnó a la eterna niña huérfana, siendo su carisma para el canto y el baile los recursos que le otorgaban esperanza a su propia condición y a cuanto individuo se le cruzara por su camino. Adicionalmente, eran sus ojos azules y rizos dorados los que terminaron por volverla un fetiche del público, esparciendo moral y certidumbre a la sociedad estadounidense, que la vio brillar en películas como *Ricitos de oro* (1935) u *Ojos cariñosos* (1934).

Similar, aunque ajustado a su propia coyuntura, en la década de los 80 el mercado cinematográfico se interesó en crear personajes de identidad libre. Los rostros en las pantallas, por lo tanto, no estaban empadronados a un rasgo social sino más bien a un rasgo cultural. Las comedias *teen* fueron por entonces la moda. En las películas más comerciales los adolescentes eran los protagonistas principales y, en su mayoría, estos eran de carácter desenfadado o pirado. En el recuerdo quedan las

figuras de Jeff Spicoli, encarnado por Sean Penn en *Picardías estudiantiles* (1982), o Ferris Bueller, protagonizado por Matthew Broderick en *Un experto en diversión* (1986). A la línea de estos personajes, nacía el pequeño actor Corey Feldman, protagonista de dos populares filmes de dicha década: *Los goonies* (1985) y *Cuenta conmigo* (1986). Si alguien era una proyección de futuro niño conflicto, ese era Feldman, quien en ambas películas encarnaba al chico rebelde y aventurero. Verlo era como contemplar una regresión de James Dean. Ni los lentes que vestía junto al cuarteto de *Cuenta conmigo* podían disimular su mirada de bribón en formación, esa chispa ocasionalmente hostil y violenta que hacía juego con su desordenado cabello. Eso, sin duda, repercutió en toda una generación, así como en la carrera actoral de Feldman, quien no tendría el mismo gancho durante su adultez.

Ya en los 90, lo infantil precisaba de una nueva imagen. Fue de esa forma que Macaulay Culkin se convirtió en la pesadilla de los adultos. Kevin McAllister de *Mi pobre angelito* (1990) resultó ser la rebeldía y las travesuras con esteroides. El denominado "Daniel el travieso moderno", sin embargo, no había abandonado el perfil físico del buen niño. Cabellos dorados, peinado al natural, baja estatura, ojos y sonrisa llena de vida y carisma. Sus diabluras fueron el contraste de su semblante, como si se tratase de un lobezno vestido de corderito, premisa que posiblemente fue bien aprovechada en su posterior película *El ángel malvado* (1993). Ahí también vemos al mozuelo Culkin sonriendo y haciéndole ojitos a los más grandes, careta que le sirve para realizar no travesuras, sino maldades propias de un aspirante a asesino en serie. Su nueva fisonomía, tal vez la mala vida, o, quien sabe, la ingratitud de las industrias, hicieron de Macaulay Culkin un descarte para próximas películas, quedando de esta forma varado en el recuerdo como un rostro angelical engañoso.

A propósito de rostros angelicales, otra víctima también asociada con un rol infantil es la protagonista de *El exorcista* (1973). La actriz Linda Blair, muy conocida por interpretar su papel como Regan, instantáneamente se volvió un ícono cultural



▶ Harvey Stephens



◀ Cristina Ricci



▶ Daniel Radcliffe



▶ Chloë Grace Moretz

dentro del género de terror. Regan es la tierna niña que, literalmente, se convierte en una presencia demoníaca. De la misma forma que Macaulay Culkin, aunque en extremo, la fantasía de la inocencia puede ser buen cobijo para el mal, táctica que además es efectiva para el público por ese abrupto contraste. Es la bella convertida en bestia. Una muestra muy bizarra para el conservadurismo de aquel entonces en que todavía el mal no se había apoderado de los personajes infantiles. Dicha fórmula al poco tiempo se repitió, aunque en una historia distinta. En *La profesora* (1976), el actor Harvey Stephens interpretaba a Damien, un niño de cinco años que era nada menos que el Anticristo. Para entonces las profecías y otras leyendas urbanas habían asaltado la tranquilidad de los suburbios. Stephen se convirtió en el mal encarnado y junto con esto nacía un concepto distinto del perfil infantil. Tanto Blair como Stephens le otorgaron un nuevo imaginario a la infancia que se marcó en la conciencia popular. En consecuencia, ni su posterior imagen como *sex symbol* pudo derrocar el rol infantil de Linda Blair, mientras que de Harvey Stephens no se supo más. Ambos pasaron a ser los elegidos del mal durante su niñez.

En contraparte, también están los otros elegidos, niños que en su lugar fueron símbolos del bien volviéndose héroes de muchos. Entre estos figuran Jake Lloyd, protagonista del pequeño Anakin Skywalker en *Star Wars: Episodio I* (1999), y Daniel Radcliffe, actor que se hizo famoso por ser el intérprete principal de la saga de Harry Potter. En ambos casos, la buena acogida de estos fue proveniente de un escuadrón de seguidores ya fabricado. Por un lado, son los fanáticos de una fábula filmica, por otro, los de una fábula literaria. Dentro de la ficción fílmica, sus interpretaciones fueron emblemas de la esperanza de toda una realidad imaginada. De estos dependían las expectativas y la resolución de la historia, la que por cierto los aficionados sabían de memoria. Alternamente, y aunque no necesariamente “elegidas”, las niñas también fueron heroínas preservadas por el colectivo. En un caso vemos al personaje de Chloë Grace Moretz en *Kick-Ass* (2010). “Hit girl” deja en ridículo a otras

heroínas adultas que en su oportunidad incluso tuvieron su propia película. Este personaje de cómic está al corriente de las necesidades de la nueva generación consumidora de la ultraviolencia y la desmitificación de género y edad. “Hit girl” no entra en juegos. Caso más anecdótico es el de Merlina en *Los locos Addams* (1991), protagonizada por Christina Ricci. Ella es la niña emo, *creepy* y cruelmente encantadora. El personaje de Ricci curiosamente ha comenzado a ser revalorado en los últimos años. Tal vez un énfasis por hallar nuevas representaciones de la femineidad o la misma niñez. Caso el de Jake

**En consecuencia, ni su posterior imagen como *sex symbol* pudo derrocar el rol infantil de Linda Blair, mientras que de Harvey Stephens no se supo más. Ambos pasaron a ser los elegidos del mal durante su niñez.**

Lloyd, es otra víctima del olvido en el oficio de la actuación. Daniel Radcliffe, por su lado, ha demostrado su intención de expandir su modo performativo. Muy a pesar, el fantasma de Potter parece siempre deambularlo. Sus mismos nuevos roles parecen exigirle que tenga un proporcionado rastro de vello facial como para borrar las huellas de su rostro de niño mago. Chloë Grace Moretz recién está en su etapa de descubrimiento. Christina Ricci, en cambio, si bien está comenzando a ser asociada a un rol de su infancia, en paralelo, ella ha logrado crear una personalidad distinta durante su etapa de madurez.

Aunque no heroínas, hubo dos personajes infantiles trascendentales que también quedaron tatua-

dos en la cinefilia. Jodie Foster en *Taxi driver* (1976) y Natalie Portman en *El profesional* (1994), si bien no fueron el atractivo principal en los filmes correspondientes, en cierta manera funcionaron como grandes acompañantes de sus sendos antihéroes. En ambas películas, las niñas y actrices actúan bajo complicidad de los protagonistas principales al ser semejantes a estos. Hay una química en base a la sordidez o el desamparo. Es la integración de duetos atados a una rutina que aparentemente les es inalterable. El entendimiento entre los adultos y estas niñas es tal que hasta se presume una dialéctica de la seducción. A pesar de que cada una de las actrices se convirtiera en gran intérprete durante su adultez, sus personajes de la infancia han quedado asociados a ellas debido a esa personalidad muy prematura que proyectaron sus interpretaciones. Tanto *Taxi driver* como *El profesional* poseen incluso lecturas alternativas sobre pedófilos reprimidos, debido a que sus jóvenes actrices jugaron a ser una suerte de *femme fatales*, empujando no solamente a sus acompañantes al peligro sino a la atracción física.

Es con estos dos recientes citados que se puede abrir adicionalmente una nueva brecha dirigida a aquellos actores infantiles que proyectaron desde sus principios un gran talento en su formación actoral. Un caso es el de Haley Joel Osment, protagonista en *El sexto sentido* (1999). Osment encarnaba al niño que era perturbado por presencias que le eran intangibles a otros. Su performance es de hecho uno de los pilares fundamentales para la trama al otorgar verosimilitud, tanto en los momentos dramáticos como terroríficos, sin caer en el cliché o la sobreactuación. Dentro de esa misma generación estaba Dakota Fanning, quien luego de protagonizar *Yo soy Sam* (2001) se convirtió de inmediato en una actriz foco para películas comerciales. La actuación de la niña era de una gran carga dramática. Tanto Osment como Fanning tuvieron pares de grandes éxitos debido a sus actuaciones, además de una cola de seguidores que hasta la actualidad los empotran en sus roles infantiles. Sin embargo, lo que han producido en la actualidad poco llama la atención. ◻